

había creído Federico Guillermo asegurar sus relaciones de paz con toda Europa. No hay espectáculo más triste que el que ofrece una torpe impotencia enredándose en el laberinto de la política, y comprometiéndose á fuerza de quererlo esquivar todo, como un infeliz pájaro que se prende en una red á fuerza de revolotear para escaparse de ella.

De este modo dispuso la política ambigua del rey de Prusia, bajo la viva impresión del suceso de Vincennes, los fundamentos de la tercera coalición. La Rusia, satisfecha de haber comprometido á la Prusia, empezó al mismo tiempo á dirigir sus miras hacia el Austria, esforzándose en complacer á esta potencia algo más de lo que hasta entonces la había complacido. En sus manos tenía el arbitrio expedito de hacerlo, diciendo lo contrario de lo que decía la Francia, á propósito de las cuestiones pendientes aún en el imperio, y exactamente lo mismo que decía la corte de Viena.

Cúmplenos referir ahora de qué manera se interpretó en Viena el suceso que tan profundamente acababa de conmover á los gabinetes de Berlín y de San Petersburgo. Si á alguna corte debía interesar la prisión del duque de Enghien en el territorio germánico, era ciertamente á la de Austria; sin embargo, los únicos ministros moderados en aquella circunstancia fueron los del emperador. No profirieron éstos la menor expresión ofensiva para el gobierno francés, ni propusieron cosa alguna de que pudiera formar queja; y sin embargo, ó el jefe del imperio, como natural custodio de la seguridad y de la dignidad del territorio de Alemania, ó nadie en el mundo, debía llevar la voz contra el acto cometido en el gran ducado de Baden. Pero seamos imparciales y confesemos que lo justo hubiera sido que la corte de San Petersburgo hubiera mostrado en este suceso la indiferencia que mostró la corte de Austria, y que las protestas y reclamaciones hubieran procedido de Viena (1). A nadie hubiera sorprendido que el emperador, moderado, pero enérgico, pidiese explicaciones al primer cónsul sobre una violación de territorio que debía causar profunda inquietud en Alemania. Nada de esto sucedió, ó por mejor decir, sucedió todo lo contrario. En San Petersburgo predominaban la inexperiencia y los instintos juveniles, y sobre todo la Francia se consideraba como muy distante; en Viena todo era prudencia y disimulo, y sobre todo se consideraba como muy próximo al vencedor de Marengo. No hubo, pues, la menor reclamación, y excitado Mr. de Cobenzel por monsieur de Champigny constituyéndose en demandado en vez de tomar el carácter y tono de demandante que le correspondía, dijo que comprendía y se hacía cargo de las duras necesidades de la política, que sentía en verdad un acontecimiento que podía suscitar nuevas complicaciones en Europa, pero que el gabinete de Viena vigilaría por su parte con más celo que nunca sobre la conservación de la paz continental.

Para comprender la conducta del gabinete de Viena en esta circunstancia, conviene saber que este gabinete, esperando la ocasión favorable de recobrar lo que había

(1) No se comprende fácilmente cómo podía permanecer la Rusia indiferente á un hecho que anulaba la autoridad de la Dieta germánica, que ponía la Alemania á merced de la fuerza invasora de la Francia y destruía todas las garantías del pueblo europeo. (N. del T.)

perdido, ocasión que no quería suscitar de una manera imprudente, atendía con ardiente curiosidad á lo que estaba pasando en Boloña, deseando, como era natural, que sepultase el Océano á los ejércitos franceses, pero sin querer en manera alguna atraerlos hacia el Danubio, conociendo su superioridad ya irresistible. Aprovechaba entretanto las ocupaciones que la guerra marítima acababa de dar á la Francia para resolver á su gusto las cuestiones que no había resuelto el receso de 1803. Estas cuestiones, suspendidas por falta de tiempo, se recordará eran las siguientes: la proporción entre los votos católicos y protestantes en el Colegio de los príncipes; la conservación ó supresión de la nobleza inmediata; la nueva división en círculos para la policía y conservación del orden en Alemania; la reorganización de la Iglesia germánica; el secuestro de los bienes muebles y raíces pertenecientes á los principados eclesiásticos secularizados; y por último, otros varios asuntos de menor importancia. La más grave de estas cuestiones por sus consecuencias era la dilación introducida en la nueva organización de los círculos, pues resultaba de ella una falta absoluta de policía que lo dejaba todo á merced del más fuerte. Estando la Francia á la sazón enteramente dedicada á la guerra marítima, y separada además de la Rusia, no quedaba ya ninguna influencia exterior capaz de servir de valimiento á los Estados oprimidos, y el imperio se iba debilitando por todas partes con la anarquía.

Al concluir la negociación de 1803 había secuestrado el Austria las dependencias de los principados secularizados que tenía bajo su influencia inmediata. Se recordará que estos antiguos principados eclesiásticos poseían unos fondos depositados en el Banco de Viena, y otras tierras aisladas, y como encajonadas en diversos Estados alemanes. Estas sumas y estas tierras debían naturalmente pertenecer á los príncipes indemnizados; pero el Austria, alegando no se sabe qué máxima de derecho feudal, secuestró más de treinta millones de aquel capital depositado en el Banco de Viena é invertidos en rentas. La Baviera y la casa de Orange eran las que sufrían mayor pérdida; pero el Austria no limitó á eso sus excesos, sino que entró en tratos con muchos príncipes de segundo orden para despojarlos de ciertas posesiones que tenían en la Suabia, y hacerse de este modo con una posición en las riberas del lago de Constanza. Compró la ciudad de Lindau al príncipe Bretzenheim, dándole en trueque tierras en Bohemia, con la promesa de un voto viril en la Dieta. Trataba con la casa de Koenigseck para obtener de ella con iguales condiciones territorios situados en aquella misma región. Finalmente, activaba cuanto podía en la Dieta la creación de nuevos votos católicos para conseguir igualdad entre éstos y los protestantes; y no mostrándose la Dieta muy dispuesta á darle gusto, la amenazaba con interrumpir sus deliberaciones hasta que el punto del equilibrio de los votos se resolviese conforme á sus deseos.

Los príncipes germánicos, perjudicados por las violencias del Austria, se vengaban cometiendo violencias semejantes contra los Estados más débiles que ellos. El Hesse y el Wurtemberg hacían invadir las tierras de la nobleza inmediata, declarando abiertamente sus proyectos de incorporación; y habiéndose dirigido á la cámara imperial de Wetzlar la nobleza inmediata de la Franco-

nia pidiendo un decreto contra las usurpaciones de que se veía amagada, el gobierno hessense mandó quitar de todas partes los carteles del fallo dictado por la cámara imperial, dando ejemplo de esta manera del más escandaloso desprecio de los tribunales del imperio. No se reducían á esto sólo los excesos, sino que también se le negaban al clero, despojado de sus bienes por las secularizaciones, las pensiones que se le debían. El duque de Wurtemberg no quiso pagar ninguna. En medio de este doloroso caos de recíprocas violencias, todos enmudecían esperanzados de ejercer con impunidad en provecho propio las mismas extorsiones que sufrían. Ninguno se quejaba de los secuestros del Austria, para que ésta consintiese cuanto se intentara contra la nobleza inmediata ó contra los infelices pensionados, privados de su sustento. La Baviera, que era la más maltratada por el Austria, se vengaba contra el príncipe archicanciller, cuyo elector se trasladó de Maguncia á Ratisbona; pues viéndole con pesar dueño de un territorio que de mucho tiempo atrás ambicionaba, le perseguía con sus amenazas, le despojaba de una multitud de tierras aisladas, y le inspiraba mil inquietudes por su existencia. Imitaba la Prusia este modo de obrar en la Westfalia, y en sus usurpaciones no cedía ni al Austria ni á la Baviera.

Sólo dos Estados se conducían con justicia; primeramente el príncipe archicanciller, que debiendo su existencia á los arreglos de 1803, se dedicaba á hacer que lo respetasen los miembros de la Confederación. En segundo lugar el elector de Sajonia, el cual, desinteresado entre tantas pretensiones de especies diversas, é inmóvil en su antiguo principado, sin haber perdido ni ganado cosa alguna, votaba estérilmente por el respeto de los derechos individuales, obrando con integridad y prudencia.

Las culpables concesiones hechas al Austria, permitiéndole oprimir á unos para que consintiese á su vez la opresión de otros, no bastaron á satisfacer su codicia, particularmente con respecto á la Baviera. Juzgándose con fuerza suficiente para no usar ya más miramientos, acababa de constituirse en defensora de la nobleza inmediata, á quien interesadamente protegía por causa del alistamiento de sus ejércitos.

Vimos ya que la nobleza inmediata, como independiente de los príncipes territoriales en cuyos territorios tenía diseminados y encajonados los suyos, y dependiente sólo del emperador, no tenía obligación de prestar á éstos la menor contribución de sangre, por lo cual los habitantes aficionados á las armas se alistaban en las tropas austriacas, y les proporcionaban, sólo en Francia, todos los años más de dos mil reclutas, mucho más útiles por su buena disposición que por su número. Eran éstos, en efecto, verdaderos alemanes, muy superiores á los demás soldados austriacos en instrucción, valentía y demás cualidades bélicas. De ellos salían todos los subtenientes de los ejércitos imperiales, y formaban en cierto modo el cuadro alemán en que incluía el Austria á todos los súbditos de especies diversas que en sus vastos dominios se encerraban. Por esta razón no es de extrañar que estuviese resuelta á arrostrar por todo sobre este punto, excepto sólo la guerra con la Francia. Sin curarse de las censuras que pudieran merecer sus abusos, sometió al consejo áulico, como un

acto de violencia sujeto exclusivamente á la policía del emperador, las expoliaciones cometidas contra la nobleza inmediata; y con una prontitud desusada en los procedimientos germánicos, hizo dictar una decisión provisional, calificada de *Conservatorium* según el lenguaje constitucional del imperio, y confirmó su cumplimiento á cuatro Estados confederados: Sajonia, Baden, Bohemia y Ratisbona. Envió por la Bohemia y por el Tirol diez y ocho batallones, amenazando á la Baviera con una invasión inmediata si no retiraba sus tropas de los diversos señoríos de que se había apoderado. Fácil es de comprender que en semejante situación tenía el Austria mucho interés en conservarse en la gracia del primer cónsul, el cual, aunque ocupado por el lado del Océano, no era hombre que dejase de responder á cualquiera otra excitación. Por otra parte, el estado de exasperación en que se le había puesto le hacía menos sufrido y más temible que de costumbre. He aquí la explicación de la reserva de la diplomacia austriaca en el negocio del duque de Enghien, y de la indiferencia positiva ó aparente que mostró en tan grave circunstancia.

Dijimos ya el efecto que en el primer cónsul produjeron los ataques dirigidos contra su persona. Los beneficios que incesantemente había hecho á los emigrados no habían logrado desarmar los rencores de este fanático partido; las contemplaciones que había tenido con la Europa no habían conseguido calmar su malhadada envidia. Resentido del mal pago que recibía, se verificó en su alma una revolución súbita, y se sintió dispuesto á ofender y maltratar á todos los que hasta entonces había halagado muy particularmente. No hizo esperar la respuesta á las manifestaciones que acabamos de referir; y después de haber deplorado el extravío de sus pasiones, vamos á tener ocasión de admirar de nuevo la grandeza de su carácter.

Había enmudecido la corte de Prusia sin volver á hablar de alianza. Siguió su ejemplo la Francia, pero el primer cónsul hizo reprender duramente á Mr. de Laforest por haber transmitido con demasiada fidelidad en sus despachos las impresiones del público de Berlín. Por lo tocante á la Rusia, la réplica fué instantánea y cruel; el general Hedouville recibió orden de salir de San Petersburgo en el término de cuarenta y ocho horas, sin alegar más pretexto para su partida que la de su salud, razón que entre los diplomáticos suele ser de cajón para dar á entender lo que no quieren decir, y se le mandó que no dijese si se ausentaba para siempre ó sólo por cierto tiempo. Sólo debía continuar residiendo allí Mr. de Reyneval, tomando el carácter de encargado de negocios. Por otra parte, en París, desde que se había ausentado Mr. de Markoff, no quedaba más que un agente de esa misma categoría, que era Mr. de Oubril; y el primer cónsul dictó en seguida una contestación á la nota del gabinete ruso que causó mucho sentimiento al emperador. En esta contestación se recordaba que la Francia, después de haber usado de toda especie de miramientos con la Rusia y de haberla hecho partícipe á medias de todos los grandes negocios del continente, había recibido de ella un pago indigno; que veía que todos los agentes rusos, sin excepción, eran para ella malévolos y hostiles; que contra el último tratado de paz, por el cual se obligaban las dos cortes á no suscitarse la una á la otra ningún entorpecimiento,

el gobierno de San Petersburgo acreditaba cerca de las naciones extranjeras á emigrados franceses, y so pretexto de la nacionalidad rusa amparaba á conspiradores, substraéndolos á la policía de la Francia; que proceder de este modo era violar á un mismo tiempo la letra y espíritu de los tratados; que si se quería la guerra no había más que decirlo francamente; que el primer cónsul no la deseaba; tampoco la temía, porque no encontraba motivo para ello en los recuerdos de la última campaña (alusión explícita al desastre de Suwarow); que relativamente á lo ocurrido en Baden, la Rusia se constituía con demasiada ligereza garante del suelo germánico, porque sus títulos para intervenir eran muy cuestionables; en todo caso, la Francia no había hecho más que usar de un derecho de defensa legítima contra las tramas urdidas en su frontera á ciencia y paciencia de ciertos gobiernos alemanes á quienes había colmado de beneficios, y que la pagaban con la más negra ingratitud; y que además, ya se había entendido con ellos sobre esto, que sólo con ellos entraría en explicaciones, y que la Rusia en su lugar hubiera hecho otro tanto, porque si hubiera sabido que los asesinos de Pablo I estaban reunidos á una jornada de sus fronteras, y dónde pudiera capturarlos, seguramente no se hubiera abstenido de ir á prenderlos.

Cruel era esta ironía contra un príncipe á quien se censuraba de no haber castigado á ninguno de los asesinos de su padre y á quien por esta causa se acusaba, con harta injusticia por cierto, de complicidad en un horrible atentado. Ella sola debía bastar para probar al emperador Alejandro con cuánta imprudencia se mezclaba él en el asunto del duque de Enghién, cuando la muerte de Pablo I hacía la réplica tan fácil y tan terrible (1).

Por lo tocante á la Alemania, habiendo aprobado la Rusia recientemente la conducta del Austria, y la pretensión con que ésta se jactaba de someter al Consejo áulico las cuestiones constitucionales, declaraba el primer cónsul explícitamente que la Francia se separaba en lo sucesivo de la diplomacia rusa en cuanto á la continuación de los negocios germánicos; que no admitía que las cuestiones interrumpidas se resolvieran en el Consejo áulico, simple tribunal del emperador, más bien que del imperio, y que estas cuestiones debían, como todas las demás, tratarse en la Dieta, cuerpo supremo, y único depositario de la soberanía alemana; de modo que el disentiendo era completo en todos los puntos, y las resoluciones tan terminantes como el mismo lenguaje.

(1) ¿Es posible disculpar á Napoleón de haber provocado con tan ultrajantes personalidades el rompimiento con la Rusia? Los deberes del historiador exigen que Mr. Thiers hiciese la debida justicia al lenguaje mesurado y digno de que en estas circunstancias usó el encargado ruso Mr. de Oubril, cuyas notas pueden citarse como modelos de arte diplomática. Una de estas notas terminaba del modo siguiente: «Apenas se creería que para sostener un principio tan erróneo (alude á la violación del derecho de gentes que se acababa de cometer) haya podido el gabinete de Saint-Cloud postergar todo cuanto exigen los miramientos y el decoro, hasta el punto de elegir entre los hechos que quería citar el que menos era para citado, y recordar en un documento oficial la muerte de un padre á la sensibilidad de su augusto hijo, sólo para imputar un crimen tan atroz como absurdo á un gobierno á quien no cesa de calumniar la Francia desde que está con él en guerra.» (N. del T.)

En cuanto al Austria, no podía menos de celebrar el primer cónsul la indiferencia que había manifestado hacia la víctima de Ettenheim; pero veía claramente que se abusaba en Viena de los embarazos que parecía suscitarle la guerra marítima, y quiso que Austria tuviese sobre esto su escarmiento. Dos modos tenía de batir á la Inglaterra: el uno era empeñarse cuerpo á cuerpo con ella en el estrecho de Calais, y era el otro aniquilar á los aliados que tenía en el continente. En realidad, este segundo modo era más fácil y seguro que el primero; y aunque menos directo, no dejaba de ser eficaz. Estaba decidido, si el Austria le provocaba, á levantar sin perder un instante su campamento de Boloña y entrarse en Alemania, pues sólo se proponía atravesar la mar después de haber desarmado á todos los aliados secretos ó declarados de la Gran Bretaña. Mandó decir á los dos Cobentzel, así al que estaba de embajador en París como al que dirigía los negocios en Viena, que la Baviera era, hacía siglos, la aliada de la Francia, y que por lo tanto no la abandonaría á la voluntad del Austria; que si ella había cometido la sinrazón de invadir con una resolución reprobable los bienes de la nobleza inmediata, el Austria por sus injustos secuestros había reducido á todos los príncipes alemanes á desquitarse con violencias de las violencias que sufrían; que la Baviera había podido faltar, pero que no la dejaría perecer impunemente; y que si el Austria no retiraba los batallones que había reunido en Bohemia y en el Tirol, estaba dispuesto á enviar sobre Munich un cuerpo de cuarenta mil hombres que permaneciese allí de guarnición hasta que retirasen las tropas imperiales.

Esta declaración terminante y positiva puso en grande apuro á los dos Cobentzel, y sólo salieron de él quejándose nuevamente del odio implacable que al Austria profesaba la Francia, y del estado de desesperación profunda á que se la iba á reducir. Sin embargo, Mr. de Talleyrand y Champagny insistieron, y se convino por ambas partes en que la Baviera evacuaría los territorios de la nobleza inmediata, y las tropas austriacas en cambio, deteniéndose inmediatamente en los puntos que ocupaban, retrocederían por fin, para no comprometer la dignidad del emperador con una retirada demasiado precipitada. Manifestó de nuevo el gobierno austriaco que si se accedía á sus deseos con respecto al equilibrio entre los votos católicos y protestantes de la Dieta, se podría contar con él en cualesquiera circunstancias, y principalmente en la que iba á ocurrir con motivo de la nota dirigida por la Rusia á la Dieta germánica.

Esta nota había llegado á Ratisbona por el mismo correo que llevó á París los despachos de San Petersburgo. Ponía en grande apuro á los príncipes alemanes por su dignidad y seguridad, por cuanto era una corte extranjera la que les invitaba á mostrarse sensibles á una violación del territorio germánico, y haciéndolo así incurrían hasta el más alto punto en el disgusto de la Francia. No se había tenido tiempo materialmente de enviar instrucciones á los ministros que se hallaban en la Dieta; pero éstos, presumiendo las disposiciones de su corte, habían parecido más dispuestos á no hacer caso de la nota que á darle una grande importancia. El ministro prusiano Mr. de Goertz, el mismo que vimos

ya figurar en las negociaciones germánicas, hubiera querido por su parte sepultar en el olvido este asunto, pero los ministros austriacos habían recibido sus instrucciones, merced á la proximidad de Viena, y haciendo, según su costumbre, dos papeles distintos, censurando la nota de indecorosa cuando hablaban con los agentes franceses y prometiendo que sería recibida cuando hablaban con los agentes rusos, imaginaron salir adelante con un término medio; tomóse la nota en consideración, pero cada ministro se obligó á someterla á su corte para estatuir ulteriormente sobre su contenido. «Ya ve usted, dijo Mr. de Hügel al ministro de Rusia, que hemos hecho admitir su nota.—Ya ve usted, dijo al ministro de Francia, que aplazando la discusión para de aquí á dos meses, la hemos desvanecido, porque cuando llegue este plazo nadie pensará ya en el paso que ha dado el emperador Alejandro.»

Tal debía ser efectivamente la suerte de aquella resolución inconsiderada; pero antes de llegar á este resultado había que vencer muchos obstáculos. No querían los gobiernos alemanes ni ofender á la Francia, á quien temían, ni faltar á la Rusia, de quien por accidente podían necesitar; así, pues, los ministros se agitaban en París buscando el modo de conciliar estos dos extremos. «Arréglense ustedes como les convenga, les dijo el primer cónsul. Si la discusión se empeña de aquí á dos meses, de modo que su noticia llegue á Francia de una manera oficial, yo daré una respuesta tan arrogante y tan dura que humille cruelmente la dignidad del Cuerpo germánico. Tendrán ustedes que sufrir inevitablemente esta respuesta, ó bien tomar las armas, porque estoy resuelto á empezar, si es menester, por el continente la guerra que hago á la Gran Bretaña.»

Mr. de Talleyrand, fiel á su preferencia ordinaria hacia la paz, buscó el modo de precaver el rompimiento. Facilitábaselo el trato asiduo que tenían con él ministros extranjeros, que, temiendo al primer cónsul, encontraban á su ministro, por el contrario, accesible en extremo y dotado de grande amabilidad, sin dejar por eso de ser digno. Distinguíase entre los más asiduos y despiertos el duque de Dalberg, sobrino del príncipe archicanciller, y á la sazón ministro de Baden en París, y de él echó mano Mr. de Talleyrand para influir sobre la corte que representaba. Después de recordar á esta corte los beneficios que debía á la Francia, que tanto aumento había dado á sus Estados en los arreglos de 1803, la instruyó también de cuanto de ella podía temer, caso de estallar nuevamente la guerra. Se le comprometió, pues, á declarar en Ratisbona que había recibido del gobierno francés explicaciones satisfactorias, y que por lo tanto deseaba que no produjera consecuencia alguna la nota rusa. Mientras Mr. de Talleyrand exigía esta declaración secreta, el gabinete de San Petersburgo, alegando el parentesco de la casa de Baden con la familia imperial de Rusia, procuraba modificar la declaración hasta el punto de hacerla insuficiente; pero la Francia debía triunfar en el empeño como más cercana y más fuerte; fuera de esto, antes de que se abriesen los debates iban á transcurrir dos meses; enviábanse de París á Carlsruhe y de Carlsruhe á París proyectos de redacción modificados, y no podía menos de llegarse en breve á una resolución conveniente.

El primer cónsul se curaba muy poco de estas idas y

venidas, y dejaba obrar con toda libertad á su ministro de Negocios extranjeros. Había ofendido á la Rusia y obligado al Austria á permanecer pacífica; humillaba á la Prusia con su indiferencia, y por lo tocante á la Dieta de Ratisbona, la trataba como á la representación de un cuerpo carcomido y ya estaba dispuesto á no darle respuesta alguna ó enviarle una réplica humillante. Todos estos asuntos, agregados por fuera á la catástrofe de Vincennes, apenas consiguieron distraer su atención de los negocios interiores, que sufrían á la sazón una verdadera crisis.

Aunque la impresión que produjo la muerte del duque de Enghién se desvaneciese en breve, como se desvanecen con el tiempo todas las impresiones, aún las más vivas, sin embargo, aún subsistía una causa permanente de agitación en el proceso de Jorge, Moreau y Pichegrú. Era, en efecto, una necesidad enojosa, pero inevitable, la de hacer comparecer ante la justicia á tantos personajes de tan diversas especies: los unos, como Riviere y Polignac, caros á la antigua aristocracia francesa; y los otros, como Moreau, caros á todos los amantes de las glorias de Francia, y eso en medio de la curiosidad pública vivamente excitada, y en medio del desbordamiento de los mal intencionados, siempre prontos á deducir de las más pequeñas circunstancias las interpretaciones más sutiles ó más absurdas. Pero era indispensable satisfacer la pública vindicta, y aquel proceso iba todavía á turbar por uno ó dos meses la calma peculiar al gobierno del primer cónsul.

El aspecto sombrío y siniestro de esta situación se agravó de súbito con imprevisto suceso. Pichegrú, prisionero del primer cónsul, receloso en un principio de su generosidad é incrédulo á las ofertas que Mr. Real le hizo en nombre de su clemencia, se había tranquilizado en breve entregándose lleno de confianza á la idea de conservar la vida y de recobrar su honor fundando en Cayena una gran colonia. Los ofrecimientos del primer cónsul eran sinceros, porque, resuelto á castigar sólo á los realistas, intentaba perdonar á Moreau y Pichegrú. Mr. Real, incapaz del menor sentimiento indigno, fué también desgraciado en la instrucción de tan importante negocio. Lo mismo que su mala estrella le había hecho llegar demasiado tarde á Vincennes, ahora hacía que se presentase rara vez en el calabozo de Pichegrú, adonde no solía llamarle el interés de la causa, puesto que no se esperaba obtener declaración alguna de un hombre tan reservado y enérgico como aquel antiguo general de la república. Ocupado en mil atenciones, Mr. Real se olvidó en cierto modo del prisionero, y éste, viendo que ya no se le hacía proposición ninguna de parte del primer cónsul, al saber la sangrienta catástrofe de Vincennes creyó que era inútil contar con la clemencia que antes se le había prometido. No era la muerte el paso dificultoso para aquel soldado, y sí el descubrimiento casi forzoso de las culpables intrigas en que se había comprometido, apartándose del recto camino desde el año 1797; pero iba á aparecer su nombre con los de Moreau y Jorge, el uno comprometido por él y el otro dueño de su honor, entrando á figurar á su lado en una conspiración realista. Iban á quedar justificadas todas las denuncias de que había sido objeto en la época del 18 fructidor, y que con simulada indignación había rechazado, y perdía con la vida las